

# UNA ESPAÑOLA EN MADRID

MIGUEL SALABERT

**P**ERO mira que en Madrid, parece mentira, le decía Dolores Ibarruri a Santiago Carrillo al desahacerse el abrazo en que acababan de fundirse. Era el sábado por la mañana. Y desde el aeropuerto y entre su regreso de Sevilla y su partida hacia Zaragoza, Santiago Carrillo había acudido a saludar y a dar la bienvenida a la nueva vecina de Madrid.

—¡Salud, camarada 'Pasionaria'. Hasta pronto!

Hace treinta y ocho años, lo cuenta ella misma en "El único camino", Dolores Ibarruri era así despedida por un grupo de combatientes en el aeródromo de Monóvar.

Con "aque! gesto que lleva de nación enlutada" subió al pequeño avión que había de conducirla al exilio, doblemente abrumada por el peso de la inmensa catástrofe y el de la invencible esperanza de quienes, destinados a los paredones y a los campos de concentración, así la despedían.

"Hasta pronto". Treinta y ocho años y dos meses ha tardado aquella emplazada esperanza en llegar a la cita. El 13 de mayo de 1977, Dolores Ibarruri "Pasionaria" pisó suelo de España en el aeropuerto de Madrid.

"... Y aquella tierra que de pronto pisa como si contuviera la tierra en la pisada" (1).

no se movió.

Lo había anunciado recientemente Santiago Carrillo: "No será un seísmo".

Para impedir que lo fuera, para evitar las reacciones que una multitudinaria recepción popular pudiera provocar en aquellos sectores que se obstinan en no enterrar el hacha de guerra, el PCE recurrió a toda suerte de estratagemas.

Más de cincuenta mil españoles se habían desplazado desde toda Europa a París, en 1971, para ver y oír a Dolores Ibarruri. Casi otros tantos lo hicieron tres años después a Ginebra. Y luego a Roma, para participar en el homenaje a su octogésimo aniversario.

Tan sólo dos o tres centenares de personas, entre periodistas y militantes, acudieron el pasado viernes al aeropuerto de Barajas, donde a las ocho menos diez de la tarde estaba "anunciada" —por el teléfono árabe del rumor— la llegada de Dolores Ibarruri.

Pese a que la ausencia, a las puertas de la aduana, de todo miembro del Comité Ejecutivo del PCE y del servicio de orden fueran

claros indicios de que se iba a hacer con "Pasionaria" lo que con Santiago Carrillo a su retorno de París, al día siguiente de la legalización del PCE, los periodistas y los militantes se agolpaban tumultuosamente ante una u otra puerta cada vez que se registraba el más mínimo movimiento al otro lado del cristal. Cada vez que eso ocurría, los militantes organizaban un pasillo de banderas rojas y de claveles y un arco de gritos unánimes: "¡Sí, sí, sí, Dolores ya está aquí". Un grupo de la organización de su partido en Alcobendas barría para casa gritando: "Venga, venga, venga, Dolores a Alcobendas".

Pasaba el tiempo y no cedía la esperanza de quienes habían acudido para ser testigos de un momento histórico. Pero poco a poco, la esperanza fue esfumándose entre los militantes. Los había viejos y jóvenes. Pero no fue a un viejo, sino a un joven, a quien oí expresar su decepción en estos términos: "¡Mira que robamos este momento después de haber estado esperándolo cuarenta años!". Y no pasaban de veinticinco los que debía tener quien así manifestaba su decepción. Decepción ya general, que los militantes combatían arduosamente al grito de "Sí, sí, sí, Dolores ya está aquí".

Pero Dolores ya no estaba allí. Había llegado minutos antes, a las ocho menos diez, en compañía de su hija Amaya y de su inseparable Irene Falcón, así como de Carmen Menéndez, la esposa de Carrillo, que fue a Moscú para venir con ella, a bordo de un avión de la Aeroflot, al que Ignacio Gallego había subido a darles la bienvenida.

Por la escalerilla de Iberia subió el suelo de España hacia Dolores Ibarruri "Pasionaria". Y por esa escalerilla bajó Dolores con el atavío de su leyenda. Vestida rigurosamente de negro, como siempre, con su famoso pañuelo al cuello, con ese aire de "nación enlutada" que vio en ella Miguel Hernández. Y ese día, aunque ella lo ignorara todavía, era un día de luto en su nación, en su Euskadi natal. El pelo blanco, recogido en el moño con tanto cuidado como lo estuvo cuando era negro y más abundante, y la disminución de su estatura, más que de su prestancia, denunciaba que por la que acufó con su voz minera, galvanizante, las célebres consignas de "Más vale morir de pie que vivir de rodillas" y de "No pasarán" —que yo se lo oí de niño en el barrio de la Prosperidad, en el Madrid de la guerra— los años han pasado.

Pero es este un recuerdo intempestivo. Pues Dolores Ibarruri, lo ha dicho ella en sus primeras declaraciones, ha vuelto "a vivir aquí en paz con todo el mundo, como una ciudadana más, a trabajar en el partido, un partido normal en un país normal, sin resucitar nada de lo que es ya Historia".

Y son muchos los que habrán pensado que al posarse el pie de Dolores Ibarruri sobre suelo español es como si con su pisada hubiera puesto el último sello de la guerra civil en el legajo de la Historia.

Pero pasemos de la gran Historia a la crónica menuda, que es lo nuestro. La crónica menuda es que a Dolores Ibarruri y a sus acompañantes se les introdujo, tras el respetuoso saludo de dos comisarios de Policía, en un micro-

bús de Iberia que les llevó hasta la terminal de carga. Les esperaban allí tres automóviles del servicio de seguridad del PCE para efectuar su traslado a su alojamiento, situado en las cercanías del barrio del Pilar. Durante el trayecto, Dolores iba comunicando a Ignacio Gallego sus impresiones. Le sorprendía un Madrid totalmente desconocido para ella y, sobre todo, la densidad del tráfico. "¡Cómo ha cambiado todo!". Sólo algo le resultó familiar entre tanta novedad: la suciedad de Madrid.

—¿Pero voy a vivir aquí? ¡Pero si esto no es Madrid!, dijo al asomarse al balcón del piso que se la ha alquilado recientemente.

Un piso por el que comenzó inmediatamente un desfile de visitas, las que conseguían filtrarse por el muy impermeable servicio de seguridad del PCE, completado en la calle por un permanente dispositivo policial de protección.

Expansiva, muy efusiva, con una vivacidad que desmiente sus ochenta y dos años de edad, Dolores Ibarruri abrazaba a sus camaradas Romero Marín, Díaz Gardiel, Bardem, Federico Melchor... Afectuosamente, pregunta al director de "Mundo Obrero" por su familia: "¿Cómo están Victoria y los chicos?". Y he aquí a esta mujer, cuyo nombre y figura se desprenden difícilmente del mito que la envuelve, hablando de sus nietos, de lo difícil que va a serie acostumbrarse a no ver cada día a su Lolita, su Fedia, su Rubén, a su hija Amaya, que pronto ha de volver con ellos a Moscú... Y cuando habla de su nieto Rubén, imposible es no pensar en su hijo, Rubén Ruiz Ibarruri, que murió a los veinte años de edad en la batalla de Stalingrado. Lo recuerda un monumento emplazado en la que hoy se llama Volgogrado.

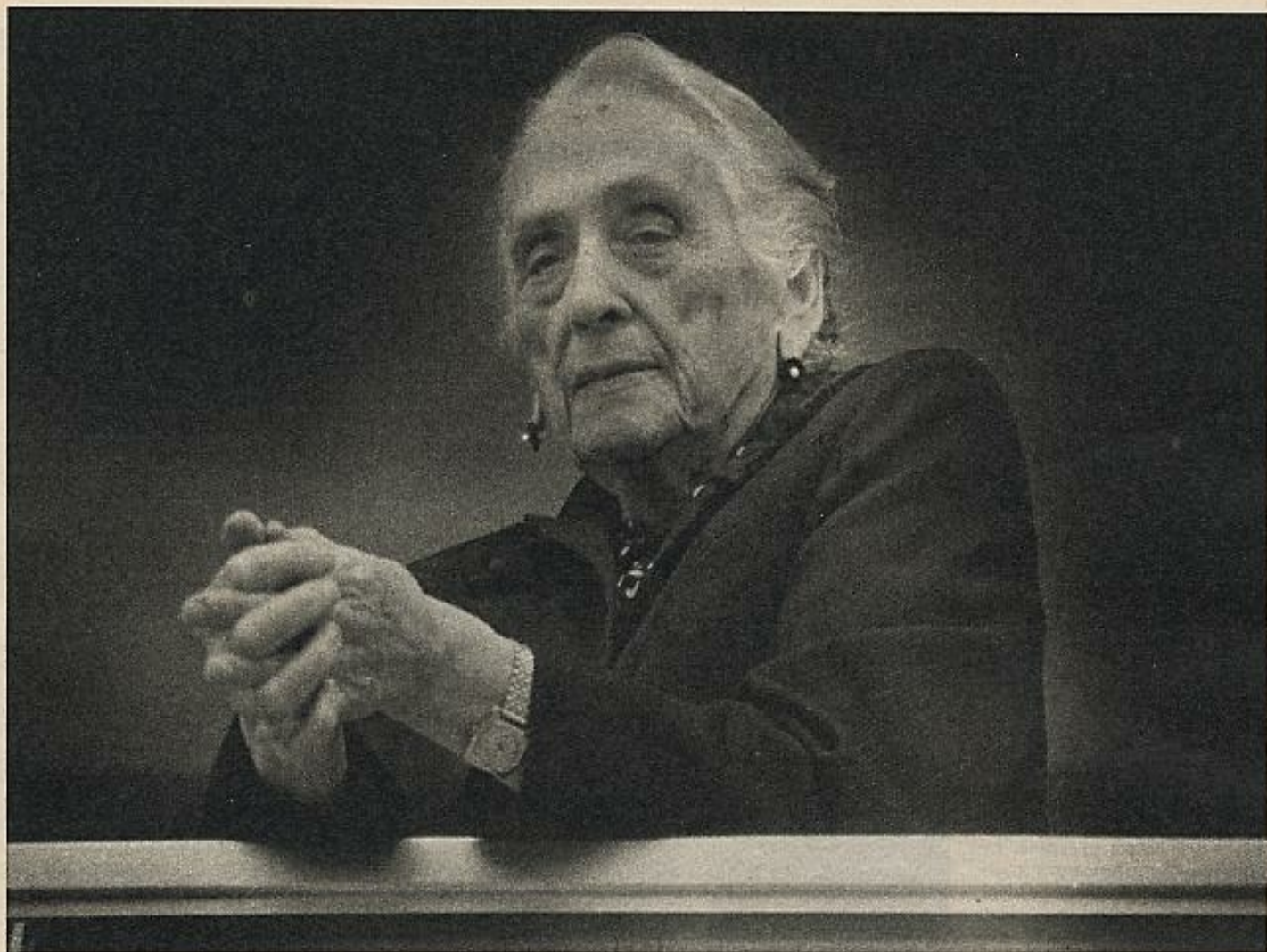
Melchor y Bardem le preguntan cuáles son sus impresiones, sus sentimientos al hallarse en Madrid. Y ella dice que tendría que ser una gran escritora para poder explicar una emoción tan compleja, la realización del sueño que ha habitado permanentemente todos sus sueños. Pues nunca pudo adaptarse completamente a la Unión Soviética, y durante los treinta y ocho años de su estancia en ella ni un solo día dejó de pensar en el retorno a su Patria. Y cuenta, aunque quienes la escuchan lo saben, cómo su casa en Moscú era una casa española en la que comía cocina española y al horario español...

Los hay que declaman que una fabada en casa de Dolores era lo



"Pasionaria" y Carrillo, juntos en Madrid: "He venido a vivir en paz con todo el mundo como una ciudadana más a trabajar por el partido, un partido normal, en un país normal, sin resucitar nada de lo que es ya Historia".

(1) Miguel Hernández: "Pasionaria".



Dolores Ibaruri: "Es otra vida la que vamos a empezar aquí".

mejor de Moscú. Pero a saber si lo decían por la fabada o por la conversación de Dolores. De todos modos, esto de la fabada era lo menos inocuo del culto a la personalidad del que, durante años, "Pasionaria" no pudo librarse.

Y Dolores continúa diciendo que esa permanente obsesión de España era compartida por todos los españoles en Moscú y en todas partes, porque "vosotros sabéis que los españoles no podemos vivir fuera de España, y que allá donde vayamos hacemos España".

Y yo recuerdo ahora ante estas palabras lo que me contaba un día, en París, Blas de Otero a su regreso de un viaje a Moscú. Me contaba el pasmo en que le dejó Alberto —¿quién va a ser?, el gran Alberto, el mejor escultor español de los últimos tiempos— cuando tras abrirle una ventana de su casa y mostrarle el paisaje urbano del extrarradio moscovita, le dijo: —¿Verdad que parece el Puente de Valdecasas?

A Blas de Otero la emoción le obligó a asentir con la cabeza, mentirosamente.

—Y es que, dice Dolores mirando a Irene Falcón, son muchos años fuera de España, son muchas cosas. Al volver, recobramos físicamente la Patria, pero nos encon-

tramos con una Patria que no es la que dejamos. Es otra vida la que vamos a empezar aquí.

Empezar otra vida a los ochenta y dos años... Sólo a un destino excepcional como al de Dolores Ibaruri le pueden ocurrir estas cosas.

Dolores no podía contener su emoción, su excitación. Y, de repente, me dicen, se puso a cantar. Canciones de su juventud.

En el gran mitin de Ginebra, en 1974, ante los millares de compatriotas llegados de toda Europa para verla y oírla, Dolores se dirigió a ellos diciéndoles: "Como no nos dejan hablar, vamos a cantar". Luego sí oyeron hablar a Dolores Ibaruri y a Santiago Carrillo, pero en cinta magnetofónica, astucia con la que se pudo burlar a la censura franquista cuya mano se alargó en esa ocasión hasta Suiza. Lo recuerda y lo cuenta muy bien Teresa Pamies en "Una española llamada Dolores Ibaruri" que acaba de aparecer en librerías, y que es un breve, espléndido y lúcido ensayo biográfico, a cuyo inconformismo da especial relieve el hecho de que su autora sea la esposa del secretario general del PSUC, Gregorio López Raimundo.

Junto a la firmeza de sus convicciones, lo más inexpugnable al asalto del tiempo en Dolores Ibaruri es su voz. Ha perdido al-

gunos de aquellos registros con los que galvanizaba a las masas, como nadie lo ha hecho nunca en este país, pero conserva una extraordinaria frescura juvenil. Nadie diría al oír su voz que esta voz tiene ochenta y dos años. Pero esa voz no le sirve ahora, todavía, para expresar su emoción.

Pregunta por lo ocurrido en Euskadi y su rostro se ensombrece.

Tal vez haya recordado, al oír hablar de la situación de los últimos presos políticos por cuya amnistía se está batiendo el pueblo vasco, el suyo, que su primera actuación como diputado de Asturias, en 1936, fue la de encerrarse en la cárcel con los presos de Oviedo y obtener su libertad.

Vuelve ahora como candidata por Asturias, y pregunta por las elecciones. Al día siguiente de su llegada, por la mañana, habla de las elecciones con Simón Sánchez Montero y su esposa, y con Santiago Carrillo, que, afónico, le cuenta los éxitos de asistencia a los mítines del PCE en Málaga, Córdoba, Dos Hermanas. Maliciosa y sonriente, Carrillo le cuenta simultáneamente el lleno de la plaza de toros de Córdoba en el mitin que dio en ella y las dificultades de Licinio de la Fuente para llenar un teatro en la misma ciudad.

Y los gestos de alegría de Dolores al oír eso traicionan su deseo de darse un baño de muchedumbre. Dolores ha podido ya medir su popularidad en el saludo de los trabajadores de Iberia, en el del camionero que dejó el camión en medio de la calle que pasa ante su casa, al verla en el balcón dejándose fotografiar por la prensa, en las visitas de los vecinos, en los ramos de flores y en los telegramas que afluyen a su casa tras haber publicado la prensa su dirección.

El mitin del PCE del domingo por la mañana en el cine Monumental, de Madrid, Marcelino Camacho y Víctor Díaz Cardiel hicieron aclamar a Dolores Ibaruri al recordar que ese mismo escenario había servido de tribuna en otros tiempos a la gran oradora popular. Un enorme ramo de rosas rojas salió de allí con una delegación hacia el domicilio de Dolores Ibaruri.

Quien pase por allí la verá con frecuencia asomarse al balcón, frente al mutilado horizonte del barrio del Pilar. ¿Y quién diría que esa vecina asomada al balcón de una modesta vivienda es, con Tito, el último "monstruo sagrado" del socialismo, de una generación de combatientes que ha cambiado el mundo? ■ (Fotos: CESAR RUSS).